

EL AMOR Y LA MUERTE

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Novela

2009

Capítulo 13. LIRIAM MARULANDA

Hay dos instantes paralelos en la vida de Ricardo, que tienen que ver con su personalidad, su conflictiva, imprevisible e imperiosa, a veces movediza personalidad (todos los Rivera Barbieri son o quieren ser diferentes, superiores, extravagantes, excesivos no se sabe si por herencia de su padre, por los reflejos que de él trasmitió su madre u otras razones inextricables). Hay una aseveración que el mismo Ricardo hace de sí: las cosas me pasan, me llegan, yo no tengo que mover un dedo, soy como el Rey Sol, de poder absoluto (lo que es falso: Ricardo se ha esforzado como nadie por lograr algo y ha hecho hasta lo innombrable por hacerse notar). Y en ocasiones parece que tiene razón. Hace mucho tiempo, cuando era un adolescente, un temeroso, tembloroso, ambicioso, insoportable adolescente con delirio de grandeza (que nunca lo ha abandonado) , cuando apenas acababa de salir de una larga reclusión en su casa de San Isidro, tras haber fracasado en su primera salida al mundo, fue llevado casi a rastras por su hermano mayor a un prostíbulo, porque según César todos los problemas de Ricardo Segundo nacían de un celibato asqueante, y cuando lograra descargar el veneno que lo atosigaba, podría regresar a la realidad y abandonar esa reclusión, y Ricardo, todo hecho un espanto, con fingida osadía, seleccionó a una mujer, con la que tuvo tan poco placer que ni siquiera lo recuerda, sólo un leve vahido en un taxi y luego una monta fugaz, fracasada ya en casa de la artista del cuerpo (triste asunto, triste y vulgar, miserable: la mujer tocó a la puerta y dijo niños a dormir, apaguen la luz, luego entró, llevó a Ricardo a un cuarto y allí se desnudó, algo rolliza, desparpajada, muy humana, quiso ser comprensiva pero la prisa y el cansancio la dejaron reducida a una puta madura que debía despachar al cliente pronto para poder dormir y regresar mañana la trabajo con un intento de sonrisa). La segunda escena, talvez 30 años después, involucra de nuevo a Ricardo, pero ahora con su hermano Byron el pícaro, el sinvergüenza, el simpático (ahora ventripotente, empresario, gerente de enormes empresas, cómplice y amigo de los poderosos). Byron llevó Ricardo a Barranquilla, para

que conociera la magnitud de su empresa. Yo traje la eficiencia a este puerto, dijo. Antes un barco de diez mil toneladas lo descargaban en una semana, hoy yo y mi gente hacemos ese trabajo en 72 horas sin descanso. Luego lo llevó a la sede de la oficina, un sitio localizado en una calle que es una verdadera obra maestra de la vulgaridad: en pleno centro de Barranquilla, en medio de un barrio de ruinosas casas de madera, se levanta una calle con enjutas fachadas, todas de estilo romano o griego, versión costeña, pero con columnas de estuco sucio, escaleras estrechas, mosquiteros en las ventanas, ventanas que dan a tenderos de ropa, y allí en el centro de esa calle está la oficina y sede de MCA, Maderas Colombianas Asociados, sitio donde despachan, duermen y hacen sus desafueros gerente y subgerente. Es un espacio íntimo, que ni siquiera la esposa del potentado conoce, allí en los instantes de emergencia amorosa Byron lleva a su amante, la gerenta del Sears Roebuck, con la que años más tarde establecería una relación estable, tras divorciarse de su esposa Malena, un lamento de mujer. Malena, entregada a su hogar, vive recogiendo las cagadas de sus hijos y dándoles de comer en la boca cuando ya tienen casi veinte años, mujer abnegada que lo primero que hacía cuando llegaba Byron de los viajes era echarse a llorar y decirle todo lo que sufría sola, afrontando las tormentas del hogar y los acosos de los acreedores y las llamadas bastante sospechosas de mujeres que no podían ser otra cosa que prostitutas ejecutivas.

Byron llevó a Ricardo, después de agasajarlo en el restaurante del Hotel Estación, donde fue saludado amablemente por el capitán de puerto y los notables que estaban jugando dominó, y después del recorrido por las instalaciones de la empresa - un lote de casi cuatro hectáreas alquilado para almacenar material, montacargas, tractores, motos, trailers, enormes sierras, dos vagones de tren uno encima de otro arreglados a manera de oficina, con aire acondicionado y tapizados por dentro con cedro. Byron le guiñó un ojo a su hermano (unos ocho años mayor que él, pero un auténtico monje carmelita por esos días) y le dijo: primero el trabajo luego el placer, hijo, el trabajo fue inventado para que uno aprendiera a disfrutar de lo bello del mundo. Vamos al Monterrey. Que era un enorme galerón, como una bodega abandonada, una pista de baile, un bar, una gran extensión ocupada por mesas y sillas en varios niveles rodeando la pista, mujeres apoyando desidiosamente sus torsos sobre las mesas, codos sobre manos y manos sosteniendo las barbillas, las hembras se alertaban como avispa cuando había hombres alrededor y el paso de uno de ellos tenía el mismo efecto que el paso de un humano por un sendero en la selva, aquí y allá se levantaban parvadas de codornices, corrían las serpientes, se escuchaba el escapar de criaturas rumbo al misterio de la espesura. Jo jo, parecía decir Byron, este es mi reino, saludaba a lado y lado, levantaba la palma de la mano a la manera del saludo pretoriano para reconocer la presencia de algún capo de la industria o el comercio, un par no de Francia sino de Colombia, palmeaba el hombro de su hermano mayor, Ricardo, el famoso Ricardo y como un dios magnánimo le decía pide lo que quieras, MCA paga. Ricardo había hecho inventario del material humano y entre todas había

privilegiado a una mujer alta y flexible, no del todo hermosa pero con cierta gracia, sustentada en la derecha de su columna y el alto cuello, gestos de dignidad caída, que la mantenían distante de aquel aire de hospital de amores rotos, se atrevió a pedirle, tan caballero él, una pieza y se sorprendió a sí mismo llevando el paso de una cumbia con relativa facilidad e investigando, como de costumbre cuando se encontraba con una de la profesión, la vida y circunstancia, que eran previsibles, lastimosos, como casi todo en Colombia por esos años (estamos hablando de fines del siglo pasado): la mujer había estudiando ingeniería de sistemas en la Universidad de Antioquia y cuando estaba a punto de titularse quedó embarazada, gemelas por añadidura (hizo una pausa para sacar la foto, niñas rubias, hermosas como cuadros renacentistas, cuidadas hasta en su último detalle, vestidas de tirolesas), el seductor huyó y Paola, que se movía con naturalidad de mujer sin pecado y sin dejar de hablar con frío profesionalismo en brazos de Ricardo, tuvo que buscar forma de alimentar no sólo a las Felicias, sino a su madre, pues, las desgracias no llegan solas, también murió el esposo de mi mamá, un padrastro típico, un macho de hacha y machete, y un día, después de semanas de abstinencia forzada, los bracitos de mis niñas eran apenas palillos, me ofrecieron oficio de bailarina en Barranquilla, en el prestigioso salón Monterrey. La oferta era buena y el contrato no daba posibilidad de engaño: en el Monterrey te dan una habitación que es tuya nada más, comida, baño, salida un día a la semana, no hay sueldo pero sí manera de ganárselo, la que quiere baila nada más y con ello paga su manutención, y la que tiene otras ambiciones le cumple caprichos a los hombres y se guarda un dinerito que va ahorrando. Yo, dijo Paola, tengo a las niñas en el Liceo Franco-americano y a mi mamá no le falta nada.

¿Qué te parece la grandota?, parece una atleta de Senegal, ¿te conté que estuve en África?, preguntó el gerente de MCA, ¿quieres llevártela a conversar en privado? Ricardo Segundo, tan medido en sus afectos desde su matrimonio, 25 años de fidelidad a toda prueba, estaba justo al borde de la crisis de los 55, cuando ya comienza la verdadera declinación de toda potencia vital y se había preguntado en más de una ocasión si vale la pena ser fiel, tantas criaturas gloriosas, algunas acaso propicias, han pasado incólumes a su lado, y súbitamente sabe que está en el momento de dar el paso. Byron refuerza sus argumentos. Dice que cualquier polvo que uno se eche en Colombia, cualquier palito pagado, es una obra social, una contribución a la sobrevivencia de una familia. Sí, responde Ricardo, sí quiero conversar en privado con Paola. Con una naturalidad absoluta Byron explica el procedimiento: te acercas, le tiendes la mano, le preguntas si quiere conversar en privado, ella se levanta, te toma de la mano y te lleva a su propio cuartito, luego del negocio la traes de regreso a nuestra mesa y yo arreglo todo. Paola suspiró casi con alivio cuando vio la palma de Ricardo tendida hacia ella, miró a sus compañeras de mesa con afecto e hizo un gesto de se los dije y mientras avanzaban hacia el fondo del salón no pudo evitar decir que había temido pasar la noche en blanco, lo tomó del brazo como la esposa que camina en la noche por el malecón con su marido legítimo y recorrieron un laberinto de puertas, se detuvieron ante una, tan desvencijada y triste como las demás (no dudo que en ese momento Ricardo

haya recuperado las casas de madera en las que habitó con su familia en San Isidro, durante su tumultuosa infancia), así podría ser la puerta del infierno tal vez haya pensado Ricardo, y ella dijo casi con orgullo, esta es mi guarida. Ricardo se sentó en la cama, se mordió los labios, sus manos sudorosas mojaban las rodilleras de su pantalón. Paola, como si lo conociera de siglos y fuera su comadrita, la que todas las mañanas lo ve desde su ventana en paños menores, le iba comentando las incidencias de la vida a tiempo que comenzaba a desnudarse mostrando un cuerpo fuerte, bien proporcionado. Yo no bailo, dijo, me desagrada mostrarme desnuda ante un montón de borrachos, yo no me acuesto con cualquiera, los flecho con los ojos y les doy órdenes, ven acá papito y aquí vienen, alzó el cuenco de su mano, a comer como pajaritos. Te vi con el gerente de MCA, don Byron, fina persona y el más divertido de todos, no conozco a nadie en el puerto que se atreva a pronunciar una mala palabra contra él, si se postulara resultaría alcalde por una votación de cien a uno, y me dije, ese es un hombre decente, además cualquiera se da cuenta que son hermanos, grandotes, fuertes, gente de calidad, no como esta negramenta del puerto. Los ligueros le partían de la cintura, ligeramente bajo el ombligo y le dibujaban unas piernas musculosas, largas, fui atleta, dijo, entonces tenía razón Byron, corrí cuatrocientos metros planos en los Juegos Nacionales del 88, no gané pero sí competí, qué quieres, amor, tú dime en confianza, yo con una persona como tú me comporto como una dama. Cualquiera sabe que no hay mejor puta que una dama cuando se descara. Fue un verdadero triunfo atreverse a decir lo que tantas veces había fantaseado y decirlo de forma tan abierta, somera y profesional. Ricardo miró a su discreto, tímido órgano como quien alude en voz baja a una persona sobre la que hay negocios pendientes y dijo, querida Paola, quiero que le des un besito. Ah, dijo la mujer con aires de erudito, yo para eso soy bastante eficiente, quieres que me quite el resto de la ropa. Sí. Su monte era fieramente visible, estaba poco poblado y debido a su calvicie parecía el de una niña, lo que comenzó a despertar el interés de Ricardo y de su amigo del bajo vientre. La ley de la vida se cumplía a cabalidad con Ricardo, mientras más viejo era mayor su afición por las mujeres jóvenes. Los pechos de Paola eran sólidos, frescos y Ricardo pudo tocarlos, con prudencia, mientras la mujer se inclinaba sobre sus piernas para colocar con delicadeza maternal un gorrito con sabor a menta sin dejar de dar algunas leccioncillas de moral e higiene. A mí me gustaría hacértelo sin tanto asunto, mi amor, te ves tan cultivado y tan bueno, pero es que sabes, lo hago por el bien tuyo y el propio, además si se enteran en la administración que no cumplí las medidas de seguridad, me cancelan el contrato, me ponen mis maletas en la calle y no me dan ni siquiera para el pasaje de regreso a Medellín. Paola terminó su trabajo, hizo la limpieza de la zona con cuidado quirúrgico y le dio un beso a Ricardo en la mejilla. Entonces fue cuando con voz temblorosa dijo: Es mi primera vez. ¿Tu primera vez?, repitió incrédula. Mi primera infidelidad en 25 años. Bendito seas, miamor, esto no es una infidelidad, porque no me volverás a ver, este es un negocio del cuerpo. Cuando entramos en esta habitación dejamos nuestras almitas colgadas de un clavo afuera. Eso dijo dijo Paola, que como toda mujer inteligente que se ve forzada a la prostitución termina siendo filósofa. ¿Cómo lo supe? El mismo Ricardo me lo contó en casa de su

hermana, tras ponerse una de esas borracheras de las que acostumbra cada vez que logra escaparse de su mujer. A la que, de esto no tengo ni la más leve duda, ama desde que la conoció y amará hasta la muerte. Es parte de su enfermedad: cuando uno es obsesivo como lo ha sido Ricardo desde siempre, o tal vez sólo desde su etapa de adolescente esquizofrénico, si se enamora, se enamora para siempre, como en las novelas decimonónicas.